

## Filosofía y Ciencia Política

### I. INTRODUCCIÓN

Este pequeño ensayo, que forma parte de un trabajo mayor, pretende reflexionar no de modo acabado ni dogmático sobre la necesaria complementariedad de la filosofía con la ciencia.

Parafraseando a Kant respecto de la diada intuición-concepto, la primera sin el segundo es ciega, mientras que el segundo sin la primera carece de objeto. Ahora, decimos nosotros: la ciencia sin la filosofía no es ciega pero lo parece; pues en efecto, en todas partes ancla, pero, luego, en posesión de la empiria carece de rumbo. En cambio la filosofía, si no ha enloquecido, no hace de la ciencia su contraparte, pues es el amor por el saber o el saber mismo, es decir, ya es el saber científico mismo, o el *en sí* de este modo del ser o de lo real, por lo que, más bien, a través de él sabe lo otro de la ciencia, su otra parte cognitiva: su otro, o la realidad de sus instrumentos o de sus resultados, es decir, le hace despertar de sus letargos dogmáticos, pues cuando todo parece concluido en el laboratorio, en el fuero de la razón salta la libre y aparece la duda, y de nuevo todo es incierto.

La duda filosófica es el otro elemento que la ciencia como tal no resuelve en su hacedura de respuestas, sino que exactamente en el límite de su quehacer ya doblan las campanas y lo que se ha hecho de nuevo tiene que rehacerse sin remedio, pues si no contenta a uno no contenta a nadie, y tal es el escrúpulo que la filosofía recuerda a la ciencia: su pretensión de universalidad. La filosofía como ciencia de lo otro en sí, simplemente niega la disyunción o supera, o ya es la capacidad de unir o la superación del límite científico. Así la ciencia para la filosofía como quería tardíamente Hegel o tempranamente Platón no es sino un conocimiento que por serlo requiere reconocerse. La ciencia política, en su acaso azaroso de los instrumentos, tanto más necesitada de ese reconocimiento no en lo que hace o deja de hacer, sino de lo que hace, pues, en esto, como en otro tiempo se exigía pruebas ontológicas sobre la existencia de Dios, es donde se requiere que pruebe, no como si fuera Dios, ni como una simple empiria que como el gusano en el cieno se autocomplace, sino como contraposición de su propia pretensión de universalidad, de que existe como ciencia. Por de pronto, asumimos que existe, sino como ciencia del Estado, si como ciencia del *sustratum*

que expresa éste: lo estado en esa forma esencialmente política. Esta, es lo general de los actos públicos, y existe en cada particular, por ello frecuentemente si no se distorsiona se anula, pero sigue siendo política, pues tal es su realidad, ser y parecer. Lo importante aquí consiste en inventar mecanismos para exigir del parecer el ser, siendo tal el dilema de la política actual. Así la gran encrucijada del político y la política actuales consiste en negar su ser parroquial o su parecer universal, y en lugar de ello afirmar su ser universal mientras se parece menos a un párroco de partido.

## 2. EL CONTENIDO O LOS COMPONENTES DE LA CIENCIA POLÍTICA COMO FILOSOFÍA

La relación filosofía-ciencia política implica una resolución cognitiva no siempre fácil de zanjar. Por una parte, hay quienes la resuelven por el lado de la filosofía tildando a los científicos de la política de representantes de un quehacer demasiado centrado en la dimensión práctico-empírica, cuando no en un absoluto pragmatismo.<sup>1</sup> Por otro, están quienes la resuelven por el lado de la

---

<sup>1</sup> Como se sabe, el pragmatismo tiene como pariente cercano al empirismo, y éste al realismo filosófico. Pero si el empirismo hace de lo percibido el criterio de realidad y verdad, y más aún el realismo torna las criaturas de la conciencia en lo verdaderamente real, de tal suerte que todo lo demás no es sino por oposición a ellas, en un más o en un menos, casi siempre. El pragmatismo, en términos de sus más conspicuos representantes, como William James, hace de la percepción y práctica de lo útil igual lo verdaderamente real. Así, sólo lo razonablemente útil es lo que posee validez en la vida, pero también, en política. Este criterio práctico esta disseminado por todas partes y es lo que constituye la fuerza motriz de la mayoría de los regímenes políticos contemporáneos, sobre todo de corte occidental. En ese orbe, las utilidades financieras fácilmente se tornan buscadoras de contrapartes en los demás órdenes de la vida social, por ello no es casual que encuentren en la política frecuentemente su contraparte. Esa resonancia del mundo financiero es lo que actualmente se denomina «realismo político», o el predominio de esquemas de interés como rectores del cálculo del acto político vigente.

Desde Maquiavelo ha predominado un *pseudomaquiavelismo* que concibe la política de modo «realista» bajo el slogan de «el fin justifica los medios», que se ha dedicado a fabricar esquemas ideales que vulgarizan igualmente a Kant en cuanto no sólo se preguntan cómo, bajo qué condiciones, son posibles los distintos, sino que, sin importar si es objetiva o no esa posibilidad, actúan –e imponen– esas condiciones como subjetiva o intelectivamente mentadas, apareciendo la subjetividad de esa imposición como el fin que justifica la imposición de aquéllas. De este modo se llega a un desvirtuamiento no sólo de esas filosofías sino del mismo Platón, Pues ahora las ideas, los esquemas ideales, ya no son solamente reales como arquetipos ideales, sino al ser groseramente impuestos su realidad deriva más bien de su imposición, con lo que arribamos a una especie de «platonismo violentista», de modo que a la deformación de la realidad sufrida ya en la idea platónica, se suma la deformación de la idea, lógica, que deja de ser norma –como en Kant– para convertirse en instrumento de intervención o violentación de realidades. Actualmente a esto se llama «proyectos», «programas», o «modelos», pero su violentismo se descubre al sólo servir para la obtención de utilidades y, mucho menos, para ser

ciencia política, generando la impresión de que la filosofía <sup>2</sup> no es sino un quehacer demasiado especulativo o etéreo. Pareciera, en esa óptica, que los filósofos no son sino extrañas criaturas que se dedican sólo a rumiar conceptos o resultados correlacionales de los científicos, quienes en cambio, si estarían trabajando aspectos útiles de la política. En torno a estas posiciones dominantes existen un sinnúmero de otras que, sin embargo, ponen énfasis en una u otra determinación, por lo que, para los efectos de este trabajo, aquí no nos detendremos mayormente en ellas.

Por lo que hace a una y otra de las posiciones descritas, somos del parecer de que ambas incurren en defectos de óptica o de perspectiva, y que por

---

eficaces en la solución de problemas de corte esencialmente humano. Ver las tres críticas de Kant.

<sup>2</sup> A diferencia de la concepción demasiado simplificada que circula de modo corriente aún en los politólogos de cierta alcurnia (Sartori, etc.), pensamos que la filosofía continúa manteniendo el uso holístico que le conocemos desde Sócrates —e incluso desde los pitagóricos—, como ciencia del pensamiento que sobrepuja todo otro, y que al tiempo que se afirma como otro de todo otro le recrea. En efecto, sólo las grandes hecatombes conmocionaron la forma caduca y devinieron otro en sí. Pero la forma misma como tal en un aquí y ahora jamás a podido salir de sí ni dar cuenta de lo que es sino siempre como otro. Por ello mismo, en ella misma, se entraña la hecatombe, la conmoción, o su muda, pues, como ella no es sólo ella, por ello es forma, o si no lo fuera ni siquiera sabríamos nada ni de ella ni de la nada, por ello desde la nada irrumpe o es, o su gran constructor es el pensamiento que no caduca sino cuando caduca o más bien así ya es, o como quería Hegel, forma de formas. En efecto, tal es el pensamiento, y tal es la filosofía que se ocupa de sus acertijos, como ciencia del pensamiento cualesquiera que sea.

La filosofía no es sólo lenguaje pues si así fuera dejaría de ser ciencia hecatómbica, que conmociona, o especialista en dialogar con la nada, ni tampoco constructora o especialista en lo que es en cuanto no es. Pero la filosofía es lenguaje solo porque le niega, incluso, cancela, o es en él sólo para salir de él, o lo que le marca su futuro, pero no puede ser absolutamente lo que es en él, pues el lenguaje es disyunción, y así sólo es lo bien escrito, y en semejante reducción no puede dar cuenta de lo que es más que como reducción o pleonismo suyo. Por ello los buenos escritores son tan abstractos y sutiles como su escrúpulo en el buen escribir y decir con corrección, pero no abrigan nada más, o más allá de semejante ego. La filosofía en cambio rompe ese encierro, el encierro de la fraseología, y crea lo otro sólo porque ya es otro, o lo que se pone mismo otro, o lo no resuelto sino como otro de sí, por ello integra en la absoluta desintegración, en el absoluto desgarramiento. Podría decirse que todo lo filosófico no es sino ese absoluto desgarramiento porque es absoluta integración, composición o ya otro.

La filosofía al ser lo más real no construye esto sino como lo más irreal, por eso su objeto es la nada, más que lo que existe, o es esto en cuanto no es, y por ello es sumamente impopular, pues no se lleva con la condescendencia. En la filosofía no hay contemplaciones aunque se le conciba como absoluta contemplación. Las visiones contemporáneas ya hace tiempo que echaron raíces y todavía la filosofía no les ajusta la cuenta, quizá porque aún no han sido correctamente engendradas. Pero el topo casi es seguro ya ha comenzado a hacer su trabajo, y configura de nuevo, mientras la lechuza de Minerva alza el vuelo.

Véanse al respecto los *Diálogos* de Platón, Porrúa (Col. Sepan cuantos), México, 2007 y la *Metafísica* de Aristóteles, Porrúa (Col. Sepan cuantos), México 2007. Véase también Giovanni Sartori: *Teoría política*, Alianza, Madrid 2005.

lo mismo incurren en apreciaciones unilaterales; es decir, no dan en el clavo o en la conexión más íntima de la relación aludida. En efecto, quienes se centran en la ciencia y descalifican el quehacer de los filósofos políticos, pierden de vista el instrumento diferencial del quehacer de éstos: pensar lo pensado,<sup>3</sup> o por cuanto instante de lo real traspasarlo,<sup>4</sup> o, finalmente, instalarse en el movimiento para pensar el qué, para qué y cómo de lo concreto-real.<sup>5</sup> Por otra parte, quienes hacen su reducto en un discurso filosófico aislado y demasiado abstracto, sin tomar en cuenta el quehacer de los científicos –sobre todo, el descubrimiento y novedad de correlaciones empíricas, o las explicaciones experimentales de las frecuencias o regulaciones constantes de los fenómenos políticos–, cometen el error de apartarse de las tendencias subjetivas y objetivas fácticamente verificables del conocimiento politológico, de modo que sus análisis aparecen como meras externalidades, es decir, estudios que intentan tocar el fondo del asunto, empero, en ellos, el movimiento interno, real, de las cosas de la política les es por completo ajeno, y al no sumergirse en él, transcurre, por decirlo así, a espaldas suyas, en otra parte.

El conocimiento de la ciencia política, al igual que el de la filosofía política, es un hecho que no ocurre en cualquier parte, sino que, según estimo, tiene lugar en cuatro partes básicas, fundamentales. Por un lado, siendo esencialmente objetivo, ocurre en la sensibilidad y mente de un ser humano, esto es, en el complejo neurológico, sensitivo y cultural de un sujeto social, histórico, que, así, duplicado o, puesto del sí mismo de relaciones sociales, concretas, históricamente determinadas, en cuanto proceso y resultado, hace de su inteligencia referente o resultado de su contraposición en perspectiva, empero, al no ser sino mediatamente, implica el segundo de los componentes. Este es la impronta de un objeto-proceso que, sólo en cuanto le contrapone, momento a momento, es directamente causa de la calidad esencial que caracteriza su formación objetiva en cuanto sujeto, o la inteligencia de éste o sus productos cognitivos, sólo son resultado y proceso por contraposición esencial con aquel, o más bien por su resolución. En efecto, resulta que el sujeto, más aún su inteligencia, sólo es su propio desarrollo objetivo que se obtiene a partir de la superación de aquello que esencialmente se le contrapone, esto es, del objeto mismo, que así no sólo es objeto sino su objeto, esto es, es objeto del sujeto, por lo que, tanto éste es objetivo como aquél, es decir, por mor de su carácter y naturaleza objetiva y esencialmente contrapuestas a aquél, que así como es no es sino su contraparte. Así la historia del desarrollo de las calidades del sujeto sólo es resultado de la historia del desarrollo de las calidades del objeto, o más bien, por contraposición suya. Por lo que, la subjetivación del objeto sólo es posible por que el sujeto antes es objetivo, esto es, es un ente que está objetivado o que no se desarrolla sino, precisamente, porque ya en su origen está propuesto de

---

<sup>3</sup> Georg W. F. Hegel: *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 2002.

<sup>4</sup> Ernst Bloch: *Principio esperanza* (3 vols.), Editorial Bata, Madrid, 2004.

ese modo; pues, así, en esa naturaleza objetiva, reside su propia condición de existencia.

De esta forma, resulta como algo necesario el tercero de los componentes del conocimiento político: la contraposición misma entre sujeto y objeto. Pero esta contraposición en modo alguno es abstracta, sino que siempre responde a un aquí y ahora concretos, lo que significa que no sólo es ideal sino real, concreta; no sólo es subjetiva, sino objetiva; no sólo es textual, sino contextual; no sólo es continua, sino discontinua; no sólo en cuanto a su posibilidad es finita, sino infinita-finita, más aún no sólo es fenoménica y aparente sino esencial. La contraposición en sí misma es una relación que implica la existencia de dos términos o componentes, que al tiempo que son antitéticos se implican; es decir, los opuestos de aquélla, también son uno, pues éstos últimos, no pueden ser contrapuestos sino en unidad, por lo que, aquí, lo difícil no es tanto advertir lo exótico <sup>6</sup> o demasiado evidente de su dimensión primera, exterior, sino su sentido y conexión interna, o aquello que hace que sus términos sean de ese modo, en oposición, esto es, su unidad. Aquí habría que agregar que siempre es más difícil no sólo percibirla, sino incluso en cuestiones práctico-humanas conseguirla, pues los términos mismos en una aquí y ahora concretos son ya otra cosa tan pronto se perciben, por lo que sólo se alcanza a indicarlos.

La dificultad encerrada en la conjetura de la contraposición la resolvió Platón, aunque de manera abstracta o intelectual, cuando advertía en los opuestos precisamente la unidad. Así, en sus palabras, lo verdaderamente importante «no es tanto que se sea capaz de explicar la causa de los diferentes, sino, más bien, que se sea capaz de explicar por qué uno y otro son lo mismo, y, más aún, en un mismo respecto». La aporética de ese modo planteada, Platón <sup>7</sup> la resolvía de un modo no menos ingenioso y profundo estableciendo que lo uno en tanto es, no es sino lo otro, por tanto, lo múltiple, del mismo modo que éste ya es otro, esto es, lo uno. De ese modo, sobre todo en su obra más dialéctica, Platón, resuelve la paradoja, pues concluye que los distintos tan pronto son, no son, o sólo son en cuanto otro, lo que los hace uno y lo mismo. Pero está dialéctica, Platón sólo la enseña idealistamente, como sostiene Hegel de modo intelectual. Pues la mente de este pensador, aún cuando tomó, por decirlo así, al toro dialéctico por los cuernos, se encuentra gobernada por la identidad parmenídica, es decir, por lo uno como entidad abstracta. Empero, si se libera a la visión platónica de los contrarios de semejante petición de principio, o del carácter intelectual de uno parmenídico, o de su misticismo, se puede arribar con Hegel y más aún con Marx a una idea científica, y más concreta del tema. Esto es: situarlo en la dimensión cognitiva del movimiento real, concreto.

En ese orden la contraposición en sí misma no es un tercer término solo, sino en cuanto se resuelve, pues sólo así, como esta resolución, no es ni sujeto ni

---

<sup>6</sup> Aristóteles: *Metafísica*, cit., Parte introductoria.

<sup>7</sup> Ver el dialogo el Parménides en Platón: *Diálogos*, cit.

objeto por separado, sino lo que tiene el uno que no es directamente suyo sino por mediación, por trámite, del otro. Pero, exactamente, tal trámite, es lo que produce como no ser un ser, como no término un termino, o no calidad una calidad, o a aquello que se afirma en cuanto se niega y se niega en cuanto se afirma. Pero, así, más bien, ya, es resolución, o lo que resuelve la contraposición, o, lo que es lo mismo, resultado en el sujeto tanto como su unión en el devenir en el objeto, o en cuanto deja huella como sujeto-objeto en el quehacer humano, y que según aquí se sostiene, si es que reparamos sólo en el momento del resultado, es una especie de *shock* de esos dos elementos en tensión, o un instante, que bien traducido no es sino un momento cultural, o la experiencia en que lo uno ya no es lo uno, en cuanto tal, sino lo otro, tanto como éste ya no es sino lo uno, pues ambos son en ese instante, como otro suyo, en sí. Más aún, si es la parte activa de ese momento, la inteligencia, pues en efecto tal es, en cuanto es activa, no otra cosa sino lo que se desdobra o la autoconciencia que no sólo registra sino que detona, y, es, por tanto, en ella misma, proceso y más aún en un unión con el resultado en que deviene, lo que significa que no es de una vez y para siempre, sino siempre se está haciendo, o poniendo de sí, sino, en sí, o ya en cuanto esto, como sostuviera Hegel sólo es en y para sí. Pero, tal inteligencia, en verdad, es una calidad objetiva-subjetiva, superlativa, del sujeto, pero, también, originariamente una calidad interna-externa del objeto.

En este punto, esto es, en el tercer componente, con el acto social más simple al tiempo que más complejo, el trámite o la mediación, o más bien, en su desarrollo ideal como conocimiento, ya encontramos en el primer peldaño suyo, inherida, la representación; pero, también, en ulteriores momentos, bajo el principio de las derivaciones en serie y de las aproximaciones sucesivas, o en la resolución reflexiva de la complejidad humana, el concepto de la política, pues lo verdadero no sólo es verdadero en cuanto tal por un prurito de la inteligencia, sino, que su necesidad también es la necesidad del sujeto que la postula, por tanto, de su serie, o de la comunidad que estaría necesariamente convocada en el sujeto cognocente, por lo que la necesidad de éste no es sino social y sólo como comunidad es esencialmente política. Por ello el acto político por antonomasia no es sino comunitario y sólo como esto es representación. Esto es la representación política, posee como identidad originaria la comunidad y sólo hasta una época tardía, como «*civilitas*», o el imperio de las leyes, de las reglas, se desliga de éste su fundamento originario. Así mientras la *polis* hizo experiencia de un acto político directo, la *civis*, experimentó uno indirecto, y si en aquella la comunidad se representaba y más bien se desdoblaba así misma, en la última tal posibilidad queda sustituida y más bien lo que ahí se impone es la representación mediante formas, y una, predominante, es la legal.

Pero aquellas, y sobre todo ésta, no son sino representaciones simbólicas cuyo contenido siempre es algo más general. Por ello mismo son representaciones, y en el caso de la legal lo que se representa no es sino la comunidad originaria cuyo contenido expresa o se propone expresar. Con todo esto lo que se trae a cuenta consiste en que en ambos momentos la

contraposición política como elemento subjetivo o elemento objetivo es resuelta mediante calidades culturalmente distintas, en el caso de la *polis* como participación directa, y en caso de la *civis* como indirecta o representación mediante formas incluyendo por supuesto las legales. Cada momento de la contraposición resuelta no sólo es un momento en sí, sino tras de sí, y trae aparejado lo que ha sido, pues, así, sólo es eso, un sido, por ello esencialmente es proceso, pues no sólo es un sido sino una serie de ellos. Por ello al tiempo que es resolución cualitativa lo es cuantitativa, pues es más bien lo interior de esto, que por decirlo así es su acumulación originaria, y sólo así se descifra como lo que es en sí, un exterior interior, o un inconsciente consciente en cuanto tal. Por ello es un elemento inteligente que siempre se niega en cuanto tal, y más bien en esto consiste su inteligencia: en negarse de sí en cuanto se intelige.

Así, en él, en la inteligencia, encontramos cabe sí la hacedura objetivo-subjetiva de la ciencia, pero también de la filosofía política, como una calidad que al ser propuesta por objetivas contradicciones, hace de la resolución de ellas, de las contradicciones o de paradojas su objetivo quehacer, o como sostendría más tarde Bloch,<sup>8</sup> su traspasar, o su estar aquí y ahora concretos casi siempre como un salto en y para sí misma. Así, con esto, la contraposición o más bien su resolución es la inteligencia de la ciencia pero también de la filosofía de la política. La historia de una y otra es el desarrollo, el largo devenir, de la resolución de la contraposición como inteligencia política en una y otra. Se entiende también, de ese modo, que al ser resultado de un quehacer contradictorio tanto la ciencia como la filosofía políticas, sólo lo son porque su mismo objeto práctico-real, la política, también lo es. Esto es, ni más ni menos, una y otra, son engendro de la misma contradicción objetiva. Y las resoluciones de ésta en la ciencia como en la filosofía son también otro tanto sus mismas resoluciones en la práctica, pues lo que resuelven una y otra no son sino lo propuesto o lo ya resuelto por la realidad política, esto es, por la resolución de contradicciones reales, progresivas, cada vez mas complejas.

Con lo anterior, también es válido que se afirme que con la complicación de lo objetivo, igualmente, se complica lo subjetivo, por lo que la complicación de éste, ya indica igualmente la de aquel. Pues, como se afirmó más arriba, sin que la de lo subjetivo sea efecto automático del primero, sino, en última instancia, y así ambos corren la misma suerte, o más bien, en cuanto productos y procesos culturales poseen el mismo carácter, objetivo-subjetivo, lo que es concomitante o inherente a sus resoluciones. Así, la ciencia lo mismo que la filosofía políticas, no tienen necesariamente un punto de llegada sino muchos, en que tan pronto se es relativo como absoluto, o mas bien tan pronto lo relativo es lo absoluto, pero también éste es lo mismo que aquel, esto es, absoluto relativo. Por decirlo así, no terminan, sino en aquello que tienen de perentorio, su presente, cuando no en el límite de su ser ahí coyuntural; pero, este resultado, de nuevo, sólo prepara lo ulterior del acto de la política, y con ello la

---

<sup>8</sup> Ernst Bloch: *Principio esperanza*, cit.

ciencia lo mismo que la filosofía siguen, sólo que más complejas. Así, su objeto, no sólo es para ellas, sino, de nuevo, lo que no se deja atrapar de una vez y para siempre, lo indeterminado, lo real, pues, en tanto es, ya, no es, es decir, se convierte de nuevo en lo otro de la ciencia, pero, también, de la filosofía política, por lo que, así, en el plano del movimiento real, al tiempo que son como superadas, se ven sometidas a permanente cuestionamiento. Pues, ahí, de nuevo, todo está por construirse, y el objeto se resuelve y recomponen en el límite de sí mismo, por lo que con éste la lente científica que construye en serie, se ve sobrepujada, ocupando su lugar más bien la filosofía que indaga la validez de ello, pero, con esto no propone otra cosa, que lo primero de lo primero, por lo que la serie, queda sobrepujada. Pues la esencia de uno, no es el dos sino lo otro, de esto, por ello esencialmente es una transposición suya, en otros términos. Pero eso, lo que propone la contradicción, en su resolución como afirmábamos ya es la inteligencia, o el tercer componente.

Pero si reparamos en lo anterior, en realidad se tendría un cuarto elemento que es el de su sistematización, más que como ciencia, como filosofía de la ciencia de la política. Esto es así, no tanto porque la ciencia política no se practique como sistema <sup>9</sup> sino porque más bien tal resultado es la visión que sobre el conjunto trabajosamente ha ido logrando la filosofía política, que aquí se denomina filosofía de la ciencia de la política. Este quehacer, como es de suponerse, no puede hacerse sino como sistema y más aún de modo progresivo, tal es el ángulo en que específicamente se sitúa la ciencia de la filosofía política, al presentar las particularidades del quehacer científico político exactamente en su forma cohesionada, es decir, mostrando no el bosque sino el conjunto de los árboles precisamente en la perspectiva del bosque, esto es, en la perspectiva de la generalidad bajo la cual de modo necesario cabe sí cualquier árbol, aún el de la particularidad empírica más intrincada. No se piense que el quehacer mediante conceptos de la filosofía parte de peticiones de principio, esto es, de

---

<sup>9</sup> La expresión «sistema» no se utiliza aquí como algo que está más allá del sujeto y el objeto, como un complejo que provee su propio suministro y que no se sitúa ni en el tiempo ni en el espacio, sino sólo por referencia a sí mismo. En cambio, se asume como un modo del pensamiento cuyo núcleo rector ya está por fuera de él mismo, y su complejidad estriba en descubrir esto en él en cada momento. Por tanto lo importante no estriba en saber cómo opera sino por qué lo hace así y no de otra manera, y para esto su composición exterior es tan importante como su complejidad íntima, pues los elementos de aquello exhibidos en su simpleza o mayor sencillez sólo son su combinatoria en que son vistos aquellos al interior de ese modo, por ello así son tan aparentemente irresolubles como esta combinatoria suya vista en su inmediatez, más aún formalizada. Pero todo se reduce a entender lo complejo en sus términos más simples, como se ha venido haciendo desde tiempos inmemoriales. Claro, a diferencia de esos tiempos lo simple se sigue haciendo, pero en serie siempre inconclusa. Y en una primera revista esto es lo más complejo. La combinatoria actual de cada sistema se aprovecha de esta imagen y por ello se asume como lo más complejo, pero en ello no está sino la más simple y más bien la verdadera complejidad consiste en develar sus términos más simples que ya están ahí en su interior provenientes de su exterior. Pues no se puede tapar el sol con un dedo, recordémoslo siempre, salvo en la fantasía de cada uno.

externalidades que rayan en posiciones apriorísticas. Indudablemente hay una cierta seducción en esta posibilidad; empero, este resultado inmediatamente se descarta si reparamos en que la generalidad <sup>10</sup> constantemente se está haciendo

---

<sup>10</sup> Aquí la generalidad no se asume como en Weber o en Wittgenstein como si fuera sinónimo de no ciencia, o de un conocimiento «no nato» como ciencia, sino, más bien, como condición del objeto de la ciencia, esto es, más aún, como condición de existencia del objeto de la ciencia. Pues, en efecto, si el objeto sólo fuese un caso o un hecho o como sostiene Weber sólo un individuo, habría que preguntar cómo es posible que exista un nato (un individuo nato), sin el abrigo de la especie o del género en que ha nacido y se desarrolla, más aún, del que toma todas las características que como individuo ostenta. Pero si existencialmente, ónticamente, ningún individuo existe por sí, sino sólo en el entorno de la especie, del género, que le propone, o al interior suyo, epistémicamente ocurre lo mismo si es que no queremos incurrir en la anarquía cognitiva total como incurre la «definición ostensiva» de Wittgenstein o la «selección valorativa» de Weber, que nunca arriban a ningún puerto seguro, más que a lo probable de las matemáticas, que es lo mismo que la nada cognitiva, pues ahí ni las mismas pruebas o evidencias se escapan a lo probable, es decir, siempre son lo movedizo de una arena que no alcanza sino como piso, siempre el velo de la ignorancia. Ya que al tener la misma importancia otros factores que el postulado, en un aquí y ahora concretos, se debe ignorar éstos para sumir aquél como el campeón de la certidumbre. Con esto se pierde de vista que en los fenómenos se da una especie de mosaico, o de constelación, en efecto, en el que empero siempre pesa más que otros uno y que es lo que no sólo da vida al fenómeno sino que además sobre-determina el resto de sus partes como tal fenómeno, tanto ontológica como epistémicamente, y tal es el «gene» o lo que hace al género como género. Pues como su nombre lo indica es lo que le genera, lo que hace nacer como fenómeno a éste, o como individuo, o particular suyo.

Pero esto por ser tan elemental, tan próximo a nosotros, o quizá por esta proximidad, se pierde de vista, y si se pierde de vista su inmediatez igual se pierde de vista su variabilidad, su capacidad mutante, y no se advierte, que no siempre somos los mismos, pues el todo viviente aún en nosotros, en cada uno de nosotros, es y no es un gene del mismo modo sino otro. De modo que la generalidad es siempre otra, más aún en el momento mismo de afirmarla, o negarla, por ello desentenderse de ella no significa cancelar que existe, sino más bien entender a medias en lo que es, sea individualidad o hecho o caso, por tanto, como el lenguaje o cualquier otro acto de cultura el *genus proximus*, llegó para quedarse pero no igual, como en el tiempo de Aristóteles, sino de modo distinto, siempre cambiante, incluso enrarecido, o desconocido en el modo del estagirita, pero siempre «del mismo modo, otro», en que éste le concibió.

Por ello la proximidad quiere decir mucho: no sólo es un adjetivo, sin más, sino también un sustantivo, que indica que la proximidad del género en la época antigua era muy otra en relación con la actual, pues lo que fue próximo para los antiguos sólo excepcionalmente nos es próximo a nosotros los contemporáneos. Por ejemplo, lo que fue próximo a los antiguos, el oráculo, o la intensidad religiosa a los medievales, no es necesariamente nuestra proximidad, pues a nosotros no es más próximo el experimentalismo, o el internet. Pero ni en los primeros casos ni en el más reciente todavía con esos próximos se define el género, en cada uno, por lo que, todavía es más problemático. Pero es indudable, que en uno y otro caso a pesar de la dificultad es la pista más segura para hacer ciencia lo mismo que para dar existencia al fenómeno por muy particular que sea. Lo que aquí se asume consiste en aseverar que así como el sol es lo que da luz a cada planeta, y ningún planeta niega esto, so pena de negarse, igual lo que arroja luz definitiva (entendiendo la definitividad como concepto relativo) sobre sus particulares, sobre sus diferentes, es el *genus proximus* (pero entendiendo éste de modo histórico que no termina de hacerse o como condición de existencia de la

o rediseñando, y que para ello no puede menos que asiduamente volver la mirada hacia sí misma, pero de modo fundamental hacia la realidad que hace posible sus alcances cognitivos.

Por qué hacía sí, por la razón de que no puede diseñarse o rediseñarse sino lógicamente, más aún sin contemplaciones cognitivas al ser sólo rigurosamente confeccionada; por qué hacía la realidad, porque su diseños o rediseños no pueden hacerse cabalmente sino como un permanente ajuste de cuentas cognitivo con el objeto de su conocimiento, pues no hay que olvidar, como ya se dijo mas arriba, que el sujeto, más aún, su inteligencia, no tiene sino como contraposición esencial su objeto, esto es, la realidad, en tanto, en última instancia, resultado suyo, por lo que, ésta, en la primera mirada ya esta implícita, pues la generalidad al mirarse misma ya está demostrando con ello ser contraposición de sí misma, por tanto que es objetiva, real. También decíamos más arriba que la contraposición no sólo es tercer elemento, sino: subjetiva, objetiva, esto es, primer y segundo componente, tanto como cuarto, pues es la inteligencia mirándose en cada oportunidad, o rediseñándose a partir de oposiciones reales, con lo cual se cumple no sólo su interacción sino lo que es más esencial su progresividad.

Pero este término no es idénticamente igual a progreso, en el sentido de un quantum o de una magnitud meramente acumulativa que sólo se desplaza o que implica su contrario: su retraso, su regresión, sino, más bien, es lo que ya no es, por tanto no mera posibilidad o agregación al infinito, sino, esencialmente, desagregación en serie, pues, en efecto, es lo que ya no es. Es decir, lo que se mueve, o se mueve realmente, por ello mismo es progresividad, por tanto, su instrumento no es el ancla ni el bisturí, sino la lupa. Más aún la lente que al advertir ya es lo que deviene tanto como el devenir mismo. El cuarto elemento no es por tanto el progreso sino lo que deviene en éste y que frecuentemente aquel pasa de largo, por tanto, progresividad cognitiva. Que es de nuevo susceptibilidad o lo que es lo que no es.

Pero ¿qué son la ciencia política y la filosofía política de acuerdo a esta rápida revista? Dicho simplistamente, la ciencia es agregativa y se ancla en el principio de la gravitación intensa, por decirlo así, en cuanto busca resolver paradojas, más aun contradicciones, ya que es también buscadora de núcleos de gravedad, en ello consisten sus correlaciones, las que son el nervio mismo de la agregación cognitiva de que es capaz la ciencia en cada una de sus parcelas como en su conjunto. En tanto la filosofía sitúa más bien como núcleo de su hacer o

---

particularidad o de la diferencia, y está como el modo en que aquel vive o se expresa. Así lo que habría que reclamar a Wittgenstein como a Weber consiste en que no supieron extraer las últimas consecuencias del concepto *genus proximus*, y sólo se quedaron con la más primitiva. Por ello lo que oponen no es sino un pensamiento igualmente primitivo, atrasado, que pierde de vista los avances científicos más cruciales, por ejemplo, la gravitación tanto en Newton como en Einstein, por no citar otros más recientes. Cfr. Ludwig von Wittgenstein: *Tractatus lógico matemático*, Alianza, Madrid, 2004; y Max Weber: *Los problemas metodológicos*, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

más bien de su quehacer, no sólo la lupa centrada en esto, esto es, no sólo la lente de la gravedad o aún su modo ampliado o intensiva o la relatividad, pues aquella, como ya ahora se sabe, sólo es un caso de ésta, pero, la filosofía siempre va más allá de esto, pues es la prueba decisiva que no sólo confirma la visión de la lente misma sino que le configura de nuevo, lo que acredita como ciencia a la ciencia, y que no es un simple dato sino la capacidad del pensamiento que ordena la diversidad de datos científicos como un todo, y que ya cuando atrapa algo no sólo es ese algo, sino ello y el resultado del hecho mismo de atraparlo, por lo que al mostrarlo es también ese proceso que no termina, o esencialmente devenir de ello, así su resultado no sólo es ese algo sino la misma actividad que configura, por tanto, sólo así es real mediante la flexión por antonomasia pensativa del resultado, en sus últimas consecuencias, y tan real es esto como lo que atrapa, pues de ahí esencialmente deviene lo último como lo primero, por ello lo último esencialmente es primero porque de él dependen los últimos, y así sólo en estos se lee perfectamente los primeros, no sólo como últimos ni solo como primeros sino como primeros de los primeros. El estagirita <sup>11</sup> ya mostraba esto hace más de dos mil años, pero a los modernos les acaece obnubilado lo que sólo es evidencia del pensamiento, o evidencia de la evidencia. La secularidad del pensamiento a que aspira la ciencia no se cumple sin esto, pues después de la realidad lo más real es el pensamiento, y luego viene la empiria, esto es, lo subjetivo real, y aún sus secuelas en la estadística, progresiones, simulaciones y otros últimos, pero en ello no está aún lo primero sino sólo representado. Lo primero no es ningún punto de llegada sino sólo lo que se pone o se hace permanente y constantemente sin ser excluido, por ello lo que excluye no es primero sino sólo derivado, pues antes en su configuración tiene que habérselas con aquél, encararle, enfrentarle, o de plano confesar su insuficiencia. Tal es la exigencia de lo primero, ser primero.

Por otra parte, la ciencia es progresiva a su modo, pero más bien es progresiva porque deviene de algo progresivo; empero, la progresividad sólo es propia de la filosofía, pues sólo ésta echa de menos lo que falta aún en aquella de modo radical, por decirlo así, sin contemplaciones, o así es el ser de ésta tanto como su no ser. Por ello la filosofía respecto de la ciencia mantiene siempre una comportamiento de exigencia, pues exige lo que no es aún el dato científico, sus últimas consecuencias o lo primero de éstas. Por ello no sólo es correlación de hechos sino realidad ontogénica de éstos, y como realidad no es lo meramente instrumental, sino en tanto pensamiento su razón en lo que se prueba, esto es sus últimas consecuencias epístemo-ontogénicas. Tanto como la ciencia exige en lo que intenta dar cuenta, razones suficientes y convincentes; pues sólo así sería tanto mas necesaria cuanto más objetiva. Mientras la ciencia se complejiza la filosofía se complica más porque simplifica lo que ya de suyo es complejo como ciencia. La ciencia aclara lo que inmediatamente es confuso, pero la filosofía, todavía más, aclara lo claro de la ciencia mostrando lo en que es en ella, más

---

<sup>11</sup> Aristóteles: *Metafísica*, cit.,

bien, como lo que no es. La ciencia seculariza como empiria la vida y la resolución de paradojas y rompecabezas del pensamiento común, pero la filosofía muestra tanto los límites de la secularización como de lo empírico, pues aclara que sus fuerzas no son omnímodas y no van a cualquier parte, como si se dejaran conducir por la sola inercia de los vientos, sino que sus últimos traen tras de sí, siempre un primero, que al quedar obnubilado como «últimos» queda aún más oculto, y así lo últimos así siempre van a cualquier parte como si sus primeros no existieran y no concluyeran sino perennemente.

Con esto llegamos a la cuenta que la realidad política es lo objetivo de la ciencia, pero su subjetividad radical no es el concepto científico sino el filosófico político, pues es éste el que resiente en su dominio la verdadera contraposición, por tanto, el que exige cuentas a aquel, el que le marca la pauta, pues mientras aquel tiene claro el límite de la ciencia, ésta es susceptible de dogma, o se ancla en lo que dice y así se sigue, o no repara en la trascendencia de lo dicho o si es relevante, y en tanto cual, si implica un real progreso, no en el sentido de mera acumulación sino en el sentido de la progresividad de éste, esto es, de su interrupción necesaria en serie, o en un nuevo dilatamiento que en su no ser ya muestra la calidad en que consiste. Con esto, mientras la ciencia política posee en la descripción o en su explicación parcial, particular, del fenómeno, lo nuclear de su elemento; lo que en cambio es esencial a la filosofía es el supuesto de su actitud crítica, la comprensión. Esto es, la perspectiva de la totalidad que refiere al bosque tanto como cada uno de sus árboles, o éstos tanto como aquel, pues si bien los árboles son lo que hace que el bosque sea, aquellos en tanto son éste igualmente reconocen como determinación interna suya aquella totalidad, que no es de una vez y para siempre sino que permanentemente se rehace, por lo que no sólo en un árbol sino en todos es posible su concreción más aún su concreción cognitiva. La cual dicho sea de paso, al igual que la objetiva como subjetiva siempre está haciéndose, por decirlo así, en su no terminarse posee su vocación.

Las determinaciones más simples de la ciencia política en cuanto inteligencia de lo político son por supuesto: el registro, resumen y descripción de los datos; la explicación por el trámite de correlaciones o regresiones; la comprensión focal; la predicción o el pronóstico; la proyección y evaluación o monitoreo; y finalmente la alteración o la incidencia violentista de esquemas. El primero de estos actos por decirlo así con todo y que es riguroso presenta la materia prima con que tiene que habérselas la ciencia. En efecto, registrar significa además de protocolizar o tomar nota de las manifestaciones positivas del evento, fijar una imagen o representación de ellas, con lo que se las sustrae, *prima facie*, de lo indeterminado, y así les es impreso un primer sesgo, o un primer tratamiento. El resumen, o sinopsis, significa abreviar o reducir a sus términos más simples aquello que primeramente es registrado, pero la imagen que se logra en el resumen sólo es exterioridad del fenómeno, su mera forma inmediata, por decirlo así, en el resumen no se va más allá del compendio de datos externos y cuyo acopio fue materia del registro. La descripción ya está

implícita en el registro y en el resumen, pero además es un recorrido de la serie con que positivamente se presenta el fenómeno, por tanto es la coronación de la actividad de registrar y resumir, pues es la imagen positiva que se logra del conjunto de señales, rasgos, aspectos y características con que el fenómeno se presenta a la percepción de la ciencia.

Pero qué es la explicación por correlación de variables o por regresión, inmediatamente, significa que una variable denominada dependiente es producida por otra denominada independiente, al ser la primera visible, manifiesta, evidente, descriptible o efectual, se entiende que su explicación consistiría en traer a luz, por decirlo así, en sacar de su encierro aquella otra variable que tras de sí se oculta como su causa eficiente, o aquello que positivamente le produce. La regresión es parte de esto, al pretender encontrar en las series del pasado las constantes o los supuestos sobre los que se alzarían las disonantes o las variables del presente, por tanto, explicar el dato actual como continuidad irregular del pasado o de sus causas eficientes. Con lo cual se abriga la imagen de que lo actual sólo es un agregado irregular del pasado pero en éste aún gravitaría lo nuclear de su explicación ya que no sería sino del mismo modo ecuménico, en que la tradición queda alterada o es su otro en sí. Por tanto, en todo esto, con el fragmentarismo de la explicación por correlación, o con el conservadurismo de la regresión que pareciera a fin de cuentas estar gobernada por una petición de principio, cuando no por un pleonismo, o por un más de lo mismo, lo que se echa de menos es la comprensión. En efecto, aquello que hace que algo sea, no es la conexión de un hecho aislado con otro, o de una cantidad de ellos con otra; tampoco es la explicación meramente focal, al modo de una empatía que iguala no tanto cognitivamente, sino en el nivel del sentimiento, de la mera emoción endopática,<sup>12</sup> sin que se de cuenta de la diversidad de los términos, menos aún de la plenitud de sus componentes, por lo que no da cuenta de ellos sino como irrupción y absorción de lo subjetivo, con lo cual lo mismo que en la correlación y la regresión no se va más allá de un pleonismo, o de una mera petición de principio; pero, a diferencia de ello, la comprensión crítica es superación de esa visión azarosa, o del esquematismo que entraña, o de su mirar las cosas en sus conexiones sólo como imágenes formales suyas, y sin detenerse lo suficiente en la plenitud de su contenido, esto es, en ella se trata de que el movimiento interno de la cosa, por decirlo así, hable por sí mismo y se muestre al tiempo que en su plenitud en su necesidad, por tanto, queda claro que lo necesario no se da en la fragmentación, pues ahí tan sólo puede suponerse, sino en el desenvolvimiento de la totalidad de la cosa, esto es, en la conexión íntima del todo de éstas, o en aquello que verdaderamente las hace ser, tampoco esto es metafísica ni mera especulación sino necesidad real del movimiento real consigo mismo, o lo que es lo mismo, ver lo indeterminado como lo determinado de lo determinado, por tanto no como punto de llegada sino como esencial

---

<sup>12</sup> Consúltese el prólogo y la parte introductoria de Max Weber: *Economía y Sociedad*, FCE, México 1996.

comprensión de lo que no es sino otro, con esto se sobrepuja el formalismo tanto de la explicación fragmentaria como de las regresiones en serie, y más bien se sitúa en sus justos términos, lo que hace al ser, como lo que es, esto es su permanente ruptura, y por tanto su permanente hacerse.

Con esto se comprueba la esencia misma en lo que se pone de sí. Por tanto la relevancia de lo indeterminado como la determinación de lo determinado, que sobrepuja los estrechos límites del horizonte formalista, tanto como la violentación que entraña, que al no presentar las cosas como son casi siempre las mete en una camisa de fuerza y las retuerce. Así, a pesar de la persistencia, en la óptica comprensiva crítica, nada está escrito, todo absolutamente todo está por hacerse y es repelente a las etiquetas, pues más bien éstas son sinónimo de que algo ya no es, es decir, lo que indican. Con esto no se echa de menos el pasado pero conlleva la necesidad de su conocimiento mejor, ni tampoco se absolutiza el presente, pero hay que ver en su determinación no sólo lo que es sino el futuro, pues éste es su permanente no ser en que es. De este modo las correlaciones progresivas o regresivas sólo son instrumentos para un aquí y ahora, o son el acaso de esto, pues encerradas en sí mismas como fatalidades o relaciones inexorables, carecen de trascendencia o más bien son negación de lo otro de la ciencia, por lo que hay que negarlas o más bien sobrepujarlas, pues al fincarse en las ataduras o en las anudaciones del ser impiden la progresividad y más bien son progresiones de lo mismo, pues sus afanes sólo dan cuenta fragmentariamente de lo que es en su aislamiento, por lo que en ellas se echa de menos no sólo su necesidad sino su intensidad como universalidad, por tanto forman parte del acaso, en éste está su dominio, por ello violentan o son violentaciones del resto. La comprensión en cambio es lo otro, es la verdad de la potencia real que altera la realidad, que no se finca sino en el sí mismo de lo que es, pero la ciencia actual no repara en ello, simplemente sigue su loca carrera, como si se tratara sólo de la unilateralización del planeta, del anclarse en el sesgo o en lo unilateral, o al exponer su resultados a la mezquindad del tratamiento unilateral de sus variables. El trabajo de comprensión esta verdaderamente por hacerse casi desde sus cimientos.

Respecto a la predicción o el pronóstico, no puede hacerse como mera aplicación formal o dogmática de los esquemas de acción, pues esta ignorancia además de soslayar los hechos les imprime un tratamiento violento al pretender acomodarles a peticiones de principio que tienen en el apriorismo metodológico la verdad de su elemento, los supuestos y restricciones de que generalmente se echa mano para regatear la plenitud sólo son confesión expresa de su imposibilidad para ir más allá del pleonismo o de la repetición formal de lo mismo de lo fragmentario, en que no se cuestiona el saber como saber real sino simplemente se asume y se ejerce como dogmático control del movimiento de la cosa sin que paradójicamente se tenga noción de esto, mientras está, en esa perspectiva, si bien continúa su tarea, no se ve posibilitada en su propia dinámica. La riqueza de su diversidad queda inconclusa mientras que su empobrecimiento se torna práctica común. Lo contrario de esto, es el asumir el pronóstico o la

predicción como seriedad en el conocimiento de la cosa más aún de su movimiento, lo que se da al menos en cuatro sentidos. Por una parte, como desenvolvimiento o tendencia objetiva de la cosa, por la otra como desarrollo de su intencionalidad o de su desdoblamiento como lo subjetivo, la contraposición de esto o su correspondencia es su tercer término, y el monismo comprensivo crítico sólo es la puesta en escena del movimiento de la cosa o de lo que no es como concepto sino su constante sobrepasar, por tanto, su pronóstico o predicción misma, lo cual no es sino su negatividad que cuestiona abiertamente el estrecho horizonte o los estrechos horizontes de lo positivo, más aún de sus cánones o dogmas, y cuyas figuraciones más acabadas son lo edificante y lo intelectual.

Dicho reductivamente esto, el pronóstico y la predicción no son sino el comportamiento mismo de la cosa pero informado en cuanto subjetivamente se asume su movimiento. Por tanto, ello, es lo que marca la directriz, desarrollando su no ser tanto como lo que es, por tanto, a esto le es completamente ajeno exterioridades como las restricciones o los supuestos intelectivos o toda clase de chocanterías que con su actitud edificante sólo entorpecen la libertad del desenvolvimiento de lo que en cambio si es esencial. En esto la relatividad solo es un caso especial, pues el desenvolvimiento de la cosa no hace ver sino lo atinado de Newton y Einstein, pero en quienes su culminación no es su culminación, sino tan solo sus momentos más brillantes pero no sus últimas consecuencias, de otro modo uno del otro no serían serie o serían el fin de la historia como el dogmatismo contemporáneo cargado de pereza cree. El sumergimiento es el secreto de la relatividad, por ello este principio es tanto más poderoso mientras más se penetra. Pero mientras más esto es más lo otro de esto, esto es lo no relativo, por tanto lo verdaderamente importante es como se teje, en que consisten sus agujetas y como se operan, no sólo en descubrir sus resultados, pero esto no es sino el sumergirse, pues ahí se activa o desactiva y esta fuerza de sumersión es la verdad de la cosa o su necesidad, o aquello que verdaderamente hace que la cosa sea lo que es. La relatividad finalmente no es sino lo mismo, por tanto, su superación, el ir más allá de ello. Por tanto el descubrimiento de la potencia que entraña es el sino de lo relativo, y aquí llegamos al sino de la predicción o del pronóstico que aunque no son los mismo para lo que aquí se dice son lo mismo, pues cuando se predice o pronostica sólo se construye la potencia que inicia siendo sino como su inicio conocimiento simple o simple detonante de posibilidades varias, algo así como un ojiva nuclear que en su explosión desata en serie la variedad o la diversidad en lugar de lo unilateral aunque sea lo unilateral lo que le detone en ocasiones, pero sólo bajo la inconsciencia de lo que realmente es, es decir, lo no unilateral.

Con esto, lo verdaderamente importante es la potencia y no el acto como creía Aristotéles, y con él casi todo el sentido común, pues la potencia es el pronóstico, más aún, la predicción. Pero la potencia es el mismo acto sólo que como movimiento contenido suyo, por ello el acto, más aún su actualidad no es sino su mero recipiente, o es la forma bajo la que se presenta, pero en modo

alguno nace y termina en su impresión como por otra parte creía ingenuamente Hume, la potencia en cambio ya la entiende Descartes, la precisa aunque parcial o intelectivamente Kant, pero es Hegel quien advierte en ella la dignidad de lo que es, aunque se equivoca al rediseñarle sólo apriorísticamente bajo el misticismo del espíritu, tiene que venir Marx,<sup>13</sup> para mostrarnos en ella no la revolución sino la revolución de la revolución, y lo que realmente hay de aporte en él es la concepción de ésta como potencia, esto es, como lo que no es lo que es. Por tanto la permanente destrucción de lo positivo pues en ello reside la permanente construcción o lo positivo de lo negativo, y en esto más aún reside el pronóstico más aún la predicción. Con esto llegamos al secreto más íntimo de la hacedura social que no es otro sino la destrucción-construcción de la potencia o el monismo comprensivo crítico en que se deshacen los empirismos, los apriorismos, y sobre todo, los relativismos, pues la conciencia extraviada de esto, queda como eso como conciencia extraviada mientras permanece su sino como sino en perspectiva crítica.

Por tanto la construcción de la potencia no sólo se centra en la totalidad sino en las partes de ella, pues es lo primero de lo primero de éstas. Por ello éstas le translucen sólo en sus últimas consecuencias, y no quedando éstas como tales, por lo que ninguno de sus momentos por sí mismos es suficiente, pues todos son germen, y así hay que comprenderlos; esto es, en sus términos más simples, en su realidad nuclear, la tendencia es lo mismo que inteligencia pues ésta también es tendencia, tanto como ésta, inteligencia; pues, una y otra son potencia. Por ello son esencialmente contraposición, esto es conflicto, contradicción, pero finalmente en su resolución como lo diverso comprensión de esto, esto es, o de nuevo potencia, o lo que se incubaba; lo que no requiere de detonantes para salir de sí, pues ya salió de sí en cuanto es potencia, y sólo en cuanto es predicción académica requiere de exposición. La predicción política mientras no supera su unilateralismo regatea esa plenitud, y por tanto queda reducida sólo a esquemas, o a pronósticos demasiado fáciles como ilusos, pues en lugar de sumergirse en el dato sólo le utiliza para producir más datos de ese tipo, por decirlo, así en serie, y así los politólogos frecuentemente se mueven sólo en el pleonismo, en lo más de lo mismo, en lo edificante, pero estas ilusiones son socialmente demasiado costosas además de graves, pues, en cuanto además del esquematismo, esto es de análisis formalistas y apriorizantes, se apoyan en restricciones, frecuentemente devienen en actitudes violentistas, al meter por antonomasia en una camisa de fuerza al acto social. Con ello, la plenitud queda irrumpida y en su lugar queda la mala totalidad, el totalitarismo, o la totalidad sólo concebida de modo fragmentario y abstracto. En el mundo de la política occidental tal totalitarismo se conoce más bien como autoritarismo, pues éste es la causa eficiente no sólo de las malas totalidades sino de la fragmentación y el aislacionismo social que sólo puede ser superado mediante la construcción de potencias o el monismo comprensivo crítico, o lo que es lo mismo lo nuclear

---

<sup>13</sup> Karl Marx: *Manuscritos económico-filosóficos del 44*, Alianza, Madrid, 1987.

del movimiento. Pero las potencias no son las grandes abstracciones que todo lo obnubilan sino las que aclaran esto, por tanto, son lo otro de las potencias, en no ser de los pueblos, tanto como de cada uno de sus miembros. La potencia actual que requiere mayor y mejor tratamiento es la potencia ética que va a la par con la política y la científica. Pero la histórica-filosófica es la que ayuda a entender la necesidad de cada una, esto es, su universalidad.<sup>14</sup>

La proyección, evaluación y monitoreo en las disciplinas que aludimos generalmente están cargadas de subjetivismo, y son más bien necesidad de un *statu quo* que no quiere ver otra cosa sino lo igual a sí mismo, esto es el pleonismo, o la tediosa repetición de más de lo mismo, por lo que tiene un especial cuidado en los resultados, no quiere que nada se le escape y cuida hasta los más espeluznantes y mínimos detalles, aunque a decir verdad más bien con ello se le escapa todo, pues el topo se muestra afanoso cada vez que ello ocurre, y está presto a salir sin que el monitor se de por enterado, pues su más de lo mismo es más bien su ceguera que se centra en lo mismo. Pero la proyección puede ser otra cosa, esto es, construcción de potencias y por tanto desbaratamiento de su acaso, y hacer de lo necesario su elemento, o más bien, sumergirse y con ello proyectar el proyectar, o más bien introyectar, o dar en el clavo o tomar conciencia de aquello que hace que sea, por tanto, no asumir el proyecto sino como lo no uno en tanto uno, es decir, de nuevo como potencia que al concebirse se niega o ya no es lo que es, por tanto, al que no le interesa su realización sino como negación de sí mismo, y está presto a proyectar de nuevo, sólo porque en sí mismo es proyecto, pero al que le son reacias las formas o los puntos de llegada, pues el mismo es punto de llegada, es decir, negación permanente. Con esto, la evaluación y el monitoreo no son sino el acaso asustado de su sí mismo o su camisa de fuerza, o más bien su mala evaluación en cuanto sólo repara en sus resultados, o su mal monitoreo en cuanto sólo importa el apriorismo de lo preestablecido, pero en modo alguno lo son de la cosa misma, pues en ésta la evaluación es más bien la destrucción de

---

<sup>14</sup> La universalidad no es ninguna pretensión abstracta de validez de un concepto, sino sólo la capacidad para asumir la verdad de y en lo que existe. No se trata de ninguna imposición sino más bien de la capacidad de ver en la diversidad lo mismo que vemos en nosotros mismos, o lo que vemos en nosotros no es sino lo que vemos en lo diverso. Tanto más es esto, pues lo que ya es en los muchos, sólo es en nosotros también de modo diverso en cuanto diversidad de éstos; por ello urge que nos comprendamos como diversidad o en lo otro de nosotros mismos, que somos lo otro o tanto como la diversidad de los otros. Pues no es huyendo de la unidad como se sabe, sino asumiéndola en todos sus justos términos, o en sus últimas consecuencias, lo que realmente está verdaderamente a discusión. Estamos acostumbrados a conocernos y aún asumirnos sólo de modo autorreferencial o de modo deferencial, y tal error nos ha conducido, si no a un colapso, sí a un verdadero caos. Veamos que es lo que pasa si somos verdaderamente universales y más bien somos deferentes antes de que los hechos y más aún la realidad nos rebasen. La madre más que los hermanos es la que verdaderamente acude en auxilio de los suyos. Por ello la naturaleza o lo primero es lo que no es sino como lo primero de lo primero. Nada más turbio y decadente que ostentarse como lo primero sin asumirse tal, esto es: como verdaderamente universal, o deferente.

los resultados o su recomposición permanente, lo que se mide no es su persistencia como lo positivo sino su necesidad, su potencia, su posibilidad de traspaso, y el monitoreo, es más bien su comprensión crítica como monismo que en su no ser más que en su ser, o en el no ser de esto, o más aún en la desigualdad de lo que es busca su reconciliación, y su dar cuentas más que en su acaso no es sino consigo mismo, pues en este ajuste o más bien en este desajuste consiste su ser potencia. Así la imagen del monitor, queda más bien sobrepajado por aquello que es lo contrario de esto, esto es, el no ser de su representación, que hace del desesperarse de ésta en los resultados esperados, mas bien, la tranquila noción de aquel que sabe que en ese imposible está más bien lo posible, esto es una potencia que desespera al monitor o que al registrar semejante conducta y conciencia azarosa, extraviada de sí misma, es su propio monitor por lo que no sólo espera resultados, sino que su único resultado es la puesta en escena de la insuficiencia de estos, pues más bien son tendencias ya fenecidas o el acaso de ser allí, o su iconoclasta figura, por tanto, no le queda más que asumirse ecuménico o como eterno ecuménico de sí mismo pero así queda, por decirlo así, desinflado el monitor como sólo más de lo mismo, y con ello más bien recupera la seriedad que en la potencia como afirmábamos reencuentra su verdadera ubicación.

Comprender lo real mediante esquemas si no se recorre la diversidad y se comprende, no sólo no es ser universal sino lo contrario de esto. Y esta tecnología que domina las políticas públicas como la elaboración de proyectos para hacer plausibles éstas, al no resolver teórica y aún metodológicamente, sino sólo de modo subjetivo, los conflictos real y socialmente existentes, propicia una mayor complicación en la viabilidad de aquellas políticas como en la plausibilidad de los últimos. En efecto, no se trata de seleccionar sólo algunas de las variables que están en escena, más aún, sólo algunos de los datos que concretarían los referentes de esas variables, sino que en esto como en todo lo social, no se puede ser activista, *per se*, mucho menos como científico, y dar rienda suelta al voluntarismo esquemático. Por lo que no basta, como sostenía Weber, que sólo se trate de seleccionar «los medios con arreglo a fines», sino ver si realmente éstos son realmente los primeros de los primeros o de los últimos, según se aprecie, y de que tenemos noticia o más aún evidencia. Es decir, los constructores de esquemas no podrían serlo si no recorren no sólo la diversidad de un escenario sino aquello que les es sustancial, o como quería la idea esencial de Aristóteles, aquello que significativamente mentadas sus últimas consecuencias hace que la cosa sea lo que es. Por ello los esquemas sin la diversidad, más aún, sin su recorrido, y, más aún sin, detectar lo primero en sus últimos, no son creíbles, ni muchos menos realizables, sino sólo en el modo «bestialista» de la ausencia de deferencia o de universalidad. La eficacia, *per se*, y a cualquier costo, como bien se aprecia, no conduce sino más que aun costo mayor, y a fin de cuentas a una sinrazón. En esto, el conocimiento no está de más, pero hay que asumir la tarea de construirlo. La pereza mental sólo es mal augurio. Si en las contabilidades económicas se asumen hasta los más mínimos detalles, no se

entiende porqué cuando se trata de la riqueza y variedad de la forma, más aún de su «hipojeimenos» siempre variante, se cae frecuentemente en una ligereza o en un autismo de incompreensión, pero, que conduce con no menos frecuencia tanto a la violentación de las ideas <sup>15</sup> como de las realidades y aún de sus desdoblamientos como hechos sociales.

### **3. CONCLUSIONES**

Primera. Debe asumirse una función de complementariedad entre ciencia y filosofía. La primera se especializa en lo específico de la vida, de la naturaleza, de la cultura y aún del pensamiento, pero, en esa especificidad reside su límite. Carece de especificación de las últimas consecuencias de aquello que especifica, más aún, pierde de vista frecuentemente lo que especifica, pues sólo lo especifica como lo dado, quedando en ella frecuentemente sin comprender aquello que se da, pues no queda claro al lente científico lo que se da, o lo que se pone en lo que se da. Pierde de vista que la secularización del conocimiento no sólo es correlacionar lo empírico con lo empírico inmediato, y que ir más allá de esto no es perder piso sino verdaderamente encontrarlo haciendo experiencia cognitiva de lo mediato del ser empírico.

Segunda. Lo empírico supone como contraposición lo que se sabe frente al saber, pero este como tal ya no es tal saber, sino sólo lo sabido. De lo que se sigue que el saber empírico siempre actúa con déficit. Pero el déficit del saber empírico sólo queda suplido como experiencia de otro saber y así hasta el infinito, y es este infinito lo no se sabe sino a cuenta gotas en el saber empírico, pues en cuanto totalidad de éste sólo es materia de otro saber: el filosófico. Este generalmente en su reconocer lo que se sabe no ofrece respuestas ni mucho menos contundentes, ni definitivas, sino mas bien introduce la duda, el cuestionamiento, la incertidumbre, que en esencia no es sino lo que no es aquél, o infinito no resuelto, pero esto requiere siempre una materia prima absolutamente necesaria: el saber científico, sin el cual sería imposible la duda,

---

<sup>15</sup> El realismo, al sustituir la realidad por la realidad de las ideas e imponerla como realidad verdadera, no sólo violenta la realidad, sino así propicia o promueve una secuela de violencias sociales. El realismo, al no comprenderlo, no asume lo primero de lo primero sino como distorsión, y como distorsión promueve la más grave de las distorsiones: la violencia social autoritaria. El autoritarismo no asume como modo de pensamiento uno lógico, sino uno distorsionado, y es como tal distorsión con lo que su momento intelectual queda suplantado por su momento de fuerza, de violencia física. Este déficit, luego se traduce en una agudización del conflicto, cuando no en verdaderos enfrentamientos y aún guerras, pues estos que son resultado de la distorsión de la comprensión social mediante ideas no solo afecta intereses sino que supone el origen de la afectación de éstos en la distorsión de su reciproca comprensión; esto es, la distorsión intelectual no se queda sólo como tal, sino que frecuentemente se traduce en la parte emotiva, endopática, de la relación social, o en generadora de la agudización del conflicto social.

mucho menos la duda certera, ni que el límite de aquél se sobrepuje, en efecto, como finito-infinito.

Tercera. Los conceptos en la filosofía siempre son provisionales, perentorios, mucho más si la ciencia solo se mantiene como ciencia, o la ciencia mientras no es cruzada por la filosofía no se comporta sino dogmáticamente, y es mucho más prudente cuando se muestra su límite. Entonces se torna más certera, y se esfuerza por ser tanto más necesaria. Su pretensión de validez universal alcanza su máximo si supera los diques y cuestionamientos que le plantea la filosofía, o ésta de plano se convierte en ciencia pero sólo por un tiempo, pues siendo depositaria de los atributos del pensamiento de la especie se altera a sí misma sólo porque ya es alterada como realidad que es, y se proponen de nuevo a superar el déficit del nuevo conocimiento. Así mientras la ciencia es el hijo prodigo de la especie que no se reconoce en sí sino en ella, la filosofía sólo es su partera, y a cada nuevo extravío, de nuevo le hace parir y tomar conciencia de lo que es como verdad de aquella.

Cuarta. Lo empírico es la secularización del conocimiento científico, pues de allí arranca y ahí arriba, pero tal secularización no es completa si no se sobrepuja el límite de toda experiencia, el ser dado, lo dado, si no se hace experiencia de lo que se da, esto es, si no se hace experiencia de la experiencia. Esto no es un metaconocimiento, sino el conocimiento mismo del conocimiento, pues lo que sólo se da, no sólo se da, sino, se sabe, y esto que ya se sabe es lo que no se sabe en lo que se da, por ello su reconocerse es tan secular como el conocer mismo. Y este reconocimiento es lo medular de la filosofía, pues aporta el saber del saber o lo dado de lo dado, o lo que se pone en él. Por ello es lo primero de lo primero o el ser en otro.

Quinta. Dicho lo precedente, la ciencia política es el conocimiento y proyección o simulación de lo dado conforme a hipótesis probables o programáticas, modelos y categorías. Pero este conocimiento solo es sobre lo dado, que al no abordar lo dado de lo dado dogmatiza, o especula sobre su enterramiento, pero así sólo se incapacita para dar cuenta de ello. Lo dado de lo dado, sólo es el ser en otro que siendo dado es igual un ser en otro. Por lo que si realmente se quiere saber acerca de él no hay más remedio que preguntar sobre ese otro que es lo que hace que la política y cualquier otro dado realmente sea. La verdadera secularización de la ciencia política como de cualquier otra ciencia no es darlo por muerto, sino inquirir sus misterios, encararlos, siendo por tanto este no ser de lo dado lo que hace que este sea. Esta secularización es lo que está pendiente en la lente científica y por de pronto lo que viene a colmar la filosofía, que al preguntarse cuáles son las condiciones presentes del ser, encuentra que al ser lo dado de lo dado, no sólo no son en éste, sino en sí, por lo que lo dado frecuentemente no es sino un caduco irremediable que no sólo es retaguardia respecto a su saber sino respecto a sí mismo, pues no sólo no es como él, sino, en sí. Es decir, lo dado de lo dado, no espera a que cambie, sino que con lo dado ya es otro de lo otro. Por tanto el conflicto de lo dado no es sólo consigo mismo, tal conflicto que debería ser

resuelto prácticamente y en la perspectiva científica, sólo es resuelto por la filosofía, por de pronto, nadie tilda al cerebro humano de metafísico porque además de resolver el conflicto del entendimiento se sumerge en otro conflicto que le es subyacente, y que consiste en resolverse como función cerebral del flujo nutriente del torrente sanguíneo. Es decir, lo dado en éste es lo que permite lo dado en el cerebro como conocimiento. Pero aquí aún falta por ver los componentes del torrente sanguíneo, y esta riqueza no es sino lo dado como transposición de lo dado en otros términos, o bajo otras condiciones, o, más aún, de su ser en otro.

Y sexta. La ciencia política con sus herramientas se especializa en lo dado, pero carece de otro instrumental que dé cuenta de lo dado como lo dado de lo dado. Su ser en otro de la ciencia política aún está pendiente. El realismo político mantiene ese defecto: define como realidad sólo lo dado empírico, y lo hace punto de partida como de arriba, pero no acierta ir más allá de esto, por ello frecuentemente incurren en errores cruciales en el pronóstico. Y su proyección cuando mucho es violentista, pues al unilateralizar los efectos unilateraliza las condiciones o medios, por lo que la eficacia de aquellos sólo es la imposición de estas últimas con lo cual si ya de por sí el piso era fértil en complicación ahora con la imposición es todavía más. Así los esquemas de la acción política bajo el cobijo del realismo sólo son utopías en el mal sentido, pues aún cuando se realizan su realización acarrea un elemento más de complicación que vuelve inmanejable el conflicto o el problema político que se pretendía resolver, más aún, la fuerza social que siempre debe ser detonada a favor de la eficacia de esquemas moralmente pesa en sentido contrario. La ausencia del ser en otro de los esquemas sino como lo dado es la mala totalidad que abrigan o su incapacidad para advertir lo que ya no es. Así la ciencia política deviene frecuentemente si no en actitudes voluntaristas en un practiquismo colosal sin rumbo.